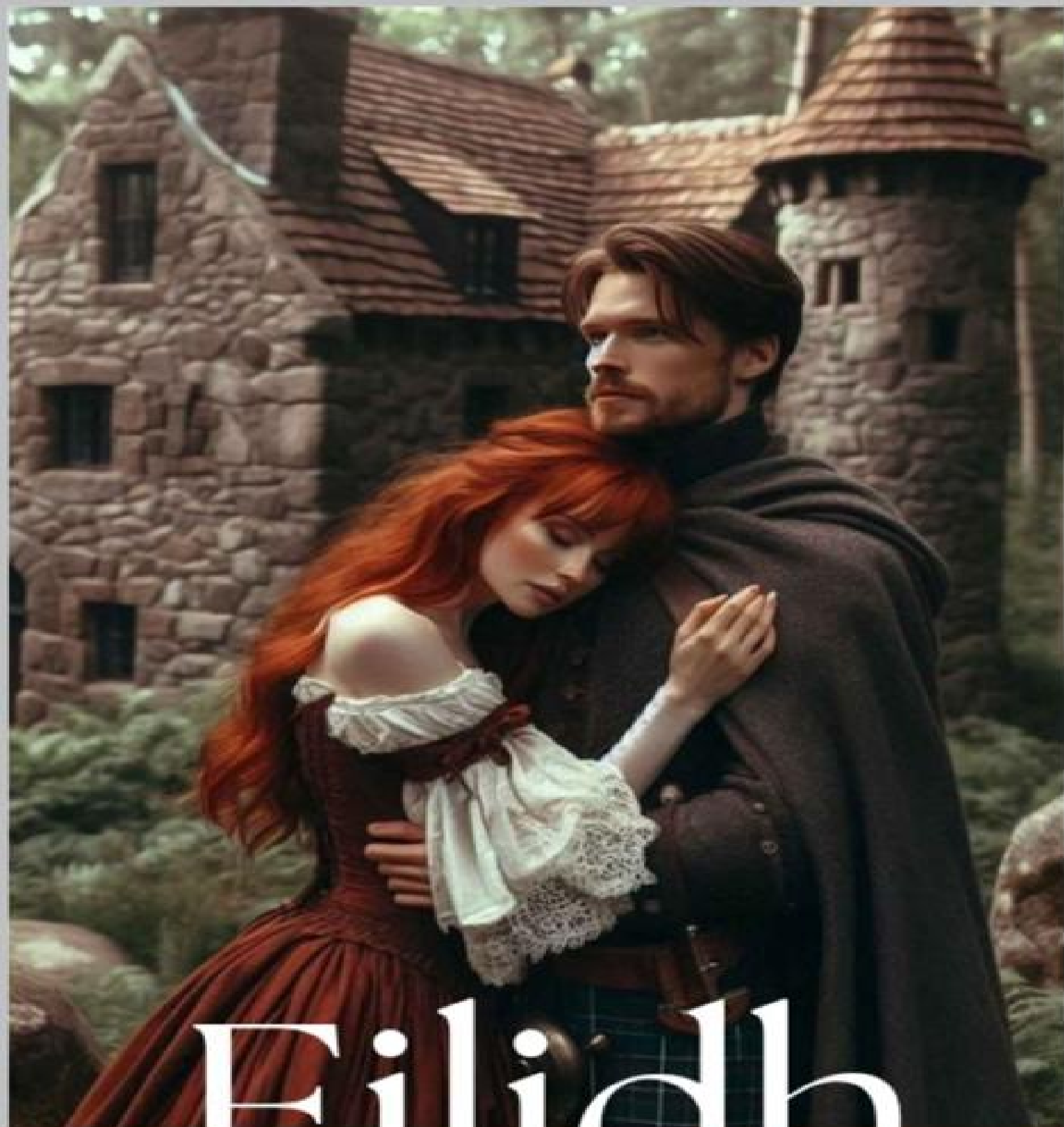




Eilidh

Brujas Escocesas I
Iris Vermeil

EILIDH

(Brujas Escocesas I)

← Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Esta es una obra de ficción creada únicamente por el autor. Cualquier parecido con otras personas, así como, lugares y situaciones son pura coincidencia.

Título: EILIDH (Brujas Escocesas I)

← Copyright 2024 – Iris Vermeil

Primera edición, Junio 2024

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

Capítulo 1

Eilidh vivía en Dunmore bajo el apellido del clan MacKenzie, un pequeño y pintoresco pueblo enclavado en las estribaciones de las *Highlands*. El paisaje que rodeaba su hogar era de una belleza salvaje y sobrecogedora: montañas cubiertas de brezo púrpura, bosques antiguos donde los árboles susurraban secretos ancestrales, y lagos cristalinos que reflejaban el cielo en sus aguas tranquilas.

Vivía sola, pues sus padres fallecieron y sus hermanos se casaron y partieron hacia tierras lejanas. Cada mañana, se levantaba con el primer canto del gallo y se dirigía al pequeño huerto detrás de su casa de piedra. Con manos hábiles y un conocimiento transmitido por generaciones entre las mujeres, cuidaba de sus plantas y hierbas medicinales. La vida en Dunmore era sencilla pero laboriosa, marcada por el ciclo de las estaciones y el ritmo de la naturaleza.

El mercado del pueblo era el corazón de la comunidad. Allí, Eilidh vendía sus remedios herbales como jarabes para los resfriados, jabones, aceites... y se abastecía de lo que no podía cultivar. Conocía a cada habitante del pueblo por su nombre y sabía las historias de sus ancestros. Los lazos de amistad y vecindad eran fuertes, tejidos con el hilo de las experiencias compartidas y guerras libradas.

Sin embargo, la vida en Dunmore no estaba exenta de sombras. Desde tiempos inmemoriales, el pueblo vivía bajo el temor persistente de las brujas que habitaban el oscuro y frondoso bosque de Cairnwood. Según las antiguas leyendas, estas brujas eran guardianas de secretos ancestrales y poseedoras de poderes oscuros que desafiaban la comprensión humana. No eran sólo seres de cuentos de hadas; su presencia se sentía en cada sombra del bosque y en cada susurro del viento nocturno.

Las madres de todo Dunmore advertían a sus hijos desde temprana edad que no se adentraran en el bosque al caer la noche, pues se decía que era cuando las brujas se volvían más activas y sus hechizos más poderosos. Los ancianos del pueblo, custodios de la memoria colectiva, contaban historias de desapariciones misteriosas, enfermedades inexplicables que afectaban a los animales y cosechas que fallaban año tras año. Incluso los días soleados a menudo terminaban en tormentas repentinas y relámpagos amenazantes que parecían más una manifestación de la ira de las brujas que un fenómeno natural.

La maldición que las brujas habían lanzado sobre Dunmore parecía abarcar todos los aspectos de la vida en el pueblo. Los campos que una vez fueron prósperos y verdes ahora parecían marchitos y estériles, incapaces de producir cosechas abundantes. Los ganados y animales domésticos sufrían enfermedades inexplicables que ningún curandero podía curar por completo. Y lo que más preocupaba a los habitantes era la notable disminución en el número de nacimientos y la tristeza que se había apoderado de las madres que anhelaban traer nueva vida al mundo.

Las ceremonias religiosas y los rituales se realizaban regularmente en un intento desesperado por apaciguar a las brujas y romper la maldición que tenía a Dunmore en su yugo. Los líderes espirituales del pueblo imploraban a los dioses antiguos y a los espíritus del bosque por misericordia y perdón, pero la tierra parecía resistirse a cualquier intento de restaurar la prosperidad y la alegría perdida.

Eilidh, sin embargo, no se dejaba llevar por el miedo y sintió una atracción inexplicable hacia Cairnwood. A menudo se encontraba caminando por sus senderos, recogiendo hierbas y flores peculiares que no se encontraban en ninguna otra parte. Había algo en el susurro de las

hojas y el aroma del musgo que la hacía sentir en paz, como si una fuerza antigua la estuviera protegiendo.

Durante el festival anual de la cosecha, el aire en Dunmore estaba lleno de júbilo, alegría y expectativa. Los aldeanos decoraban la plaza del pueblo con guirnaldas de flores y cintas coloridas, y largas mesas de madera se llenaban con los frutos del arduo trabajo de todo el año: manzanas brillantes, calabazas anaranjadas, pan recién horneado y jarras de sidra espumosa. La música de flautas y tambores resonaba en el aire, y las risas de niños y adultos se entremezclaban, creando un ambiente festivo.

Eilidh, con su cabello pelirrojo ondeando al viento y un vestido verde que resaltaba sus ojos color esmeralda, se movía entre la multitud con gracia. Estaba ayudando a organizar los juegos y concursos, asegurándose de que todos estuvieran disfrutando del festival. Mientras supervisaba un concurso de lanzamiento de herraduras, notó a un hombre alto y musculoso, con cabello oscuro y ojos azules penetrantes, que observaba desde el borde de la multitud. Su pecho era firme, y aunque llevaba una sonrisa tímida, había algo en su mirada que denotaba experiencias profundas y quizás dolorosas.

—Hola, ¿os gustaría participar?

El hombre de aspecto joven y tosco, esbozó una sonrisa que iluminó su rostro y lo suavizó.

—Uh, no estoy seguro...

—Vamos animaos, se os ve un hombre muy recio y fuerte.

—Suelen decírmelo... —se colorearon sus mejillas—. Me llamo Lachlan.

—Mucho gusto en conoceros mi señor, mi nombre es Eilidh.

—Lo mismo digo, hermosa dama.

—No os había visto antes por este pueblo.

—Soy el hijo mayor de Fergus Fraser, acabo de regresar de las guerras y he venido a Dunmore para empezar de nuevo, por aquí cerca viven primos lejanos.

—Oh, qué interesante.

—En cuanto al juego, participar sería divertido, gracias.

El *highlander* tomó una de las herraduras y, con un movimiento seguro, la lanzó, logrando una precisión que impresionó a todos los presentes. Los aldeanos aplaudieron y vitorearon, y Eilidh no pudo evitar sentir una atracción inmediata hacia él. Había algo en su forma de ser, una mezcla de fuerza y vulnerabilidad, que le resultaba encantadora.

Durante el resto del festival, Eilidh y Lachlan se encontraron varias veces, conversando sobre sus vidas y experiencias mientras tomaban sorbos de cerveza refrescante y degustaban cerdo cocinado a la leña. El hombre le habló de las batallas en tierras lejanas en las que había participado anteriormente, así como de la pérdida de sus compañeros de armas y del deseo de encontrar paz y un propósito en un lugar tranquilo. Eilidh, a su vez, le contó sobre Dunmore, su amor por las plantas y la naturaleza, y la vida sencilla que llevaba.

Cuando cayó la noche y el cielo se llenó de estrellas, la música cambió a un ritmo más lento y melódico. Las parejas comenzaron a bailar bajo las luces parpadeantes de las linternas. Lachlan, con una chispa de nerviosismo en sus palabras preguntó;

—¿Os gustaría bailar?

—Por supuesto.

Eilidh aceptó, y juntos se unieron a las demás parejas. Mientras se movían al compás de la música, la mujer sintió una chispa especial con el forastero, como si sus almas se hubieran conocido desde siempre. Sus movimientos eran fluidos y sincronizados, y cada vez que sus miradas se cruzaban, una corriente eléctrica parecía recorrer todo su cuerpo.

La noche avanzaba, y la luna brillaba sobre ellos, testigo de un nuevo comienzo. Después de la danza, caminaron juntos hasta el borde del bosque de Cairnwood, donde las sombras se mezclaban con la luz plateada. Allí, sentados en un tronco caído, Lachlan tomó la mano de la joven y habló con una sinceridad que la conmovió.

—Parece de lo más precipitado, pero he visto y vivido cosas que nunca imaginé, y he perdido mucho en el camino. Pero aquí, en Dunmore, contigo, siento que puedo encontrar una nueva vida. Me atraéis de una manera que no puedo explicar.

Eilidh sintió que su corazón latía con fuerza. Miró a Lachlan a los ojos y vio en ellos una mezcla de esperanza y anhelo que reflejaba sus propios sentimientos.

—Yo también siento una atracción especial hacia vos. Me gustaría conoceros mejor y ver adónde nos lleva este camino.

Y así, en el borde del bosque, bajo la luz de la luna y el brillo de las estrellas, los nuevos amantes se encontraron en un beso apasionado que selló el inicio de su historia juntos. Una historia de amor nacida en el corazón de Dunmore, donde la naturaleza, la magia y el romance se entrelazaban en un tejido de destino y esperanza.

Capítulo 2

Una mañana, con el primer rayo de sol iluminando el horizonte, Eilidh se levantó descansada y se desvió hacia la diminuta cocina para tomar a solas un poco de *porridge* con canela y bayas antes de vestirse y acomodarse el cabello. Más tarde, salió de su casa y se adentró en el bosque de Cairnwood. Armada con una cesta de mimbre y una daga de hierro, se dispuso a recolectar las hierbas que solo crecían en los rincones más recónditos del bosque. El aire estaba fresco y lleno del aroma del musgo y la tierra húmeda, lo adoraba. Los sonidos del bosque la envolvían, desde el canto lejano de los pájaros hasta el crujir de las hojas bajo sus pies.

Mientras caminaba, no podía dejar de pensar en su nuevo amor. Desde el festival de la cosecha, Lachlan y ella se habían vuelto inseparables, compartiendo confianzas y sueños hasta el atardecer. Sin embargo, en el fondo de su mente, siempre latía la inquietud por las leyendas de las brujas y los peligros que acechaban en ese lugar.

A medida que avanzaba, llegó a un claro donde el sol se filtraba a través de las copas de los árboles, creando un ambiente casi mágico. Allí, inclinada sobre una roca cubierta de musgo, vio a la anciana del pueblo, Orlagh. Era conocida por sus amplios conocimientos sobre las antiguas tradiciones y los secretos de la naturaleza. Sus ojos, profundos y llenos de sabiduría, parecían ver más allá de lo visible.

—Buenos días, Orlagh —saludó Eilidh, acercándose con respeto—. ¿Qué hacéis aquí tan temprano?

Orlagh levantó la vista y sonrió, haciendo que sus arrugas se acentuasen con la expresión.

—Buenos días, querida. Estaba esperando verte. Sabía que vendrías hoy.

Intrigada, la muchacha se sentó junto a la anciana, quien le hizo un gesto para que se acercara más.

—Hay algo que debes saber —dijo adoptando un tono grave—. Este bosque guarda secretos oscuros y antiguos. Mucho antes de que nacieras, las brujas de Cairnwood lanzaron una maldición sobre estas tierras.

Ella escuchó con atención, su corazón latiendo más rápido. Orlagh continuó, su mirada fija en la distancia.

—La maldición fue lanzada como castigo por la traición de los habitantes del pueblo hacia ellas. Prometieron protegerlas, pero en su miedo e ignorancia, las entregaron a los cazadores de brujas. Las brujas, en su ira y dolor, condenaron a Dunmore a vivir con el temor y la desconfianza que tú bien conoces.

—Oh Orlagh, con todos mis respetos, son simples leyendas que nadie sabe si son ciertas o no.

La anciana hizo una pausa y sacó un pequeño amuleto de su bolso. Era un colgante de plata con un cristal verde en su centro, rodeado de intrincados grabados.

—Este amuleto tiene el poder de protegerte de los malos espíritus que habitan en el bosque —dijo colocándolo en la mano de Eilidh—. Pero recuerda, la verdadera protección viene de la comprensión y la compasión. Debes encontrar una manera de romper la maldición, no solo por ti, sino por todo el clan.

Eilidh miró el amuleto, sintiendo su energía cálida y reconfortante. Las palabras de la anciana resonaban en su mente, mezclándose con sus propios deseos de traer paz y armonía a su hogar.

—Cree en mis palabras, niña, soy más vieja y sabia que tú.

—Está bien. Prometo que haré todo lo posible para descubrir la verdad y sanar estas

tierras.

Orlagh ascendió, satisfecha, y se levantó con esfuerzo.

—Confío en ti. Eres más especial de lo que piensas. Ahora ve, recoge tus hierbas y recuerda siempre que no estás sola en este bosque.

Con el amuleto colgado alrededor de su cuello, la joven se sintió más segura mientras continuaba su recolección. Las palabras de Orlagh le daban vueltas en la cabeza, alimentando su curiosidad y su deseo de descubrir más sobre las brujas y la antigua maldición. Estaba decidida a encontrar la manera de liberar a Dunmore del miedo y restaurar la paz entre el pueblo y el bosque.

Mientras recogía las hierbas, Eilidh sintió una presencia cerca. Se asustó en un principio, pero, al volverse vio a Lachlan, que la observaba con una sonrisa todavía montado en su caballo.

—¡Lachlan! ¿¡Qué haces aquí!?

—No podía dejarte ir sola al bosque después de escuchar las historias de esa anciana— dijo él, acercándose.

—¿Has escuchado todo?

—Sí.

—¿Y cuál es tu opinión?

—Que sea lo que sea, vayas con cuidado. No me gustaría que nada ni nadie te hiciera daño.

Eilidh sonriendo y le mostró el amuleto.

—Me dio esto. Dice que tiene el poder de protegerme.

Lachlan tomó el amuleto entre sus dedos y ascendió.

—Quiero ayudarte —dijo con firmeza.

Con renovada valentía y el apoyo de Lachlan, Eilidh se adentró más en el misterio de las brujas de Cairnwood, preparada para enfrentar las pruebas que el destino les tenía reservado.

El bosque, aunque hermoso y sereno, tenía una atmósfera cargada de misterio. Las sombras se movían de manera inquietante y el susurro del viento entre las hojas parecía contener secretos antiguos. La pareja avanzaba cautelosa, sus sentidos estaban en alerta ante cualquier peligro.

De repente, un frío inusual envolvió el claro donde se encontraban. El canto de los pájaros cesó abruptamente y una figura emergió de entre los árboles. Una mujer de cabello largo y gris, vestida con ropas raídas, se paró frente a ellos. Sus ojos, oscuros y penetrantes, brillaban con una intensidad inquietante.

—¿Qué buscáis aquí, intrusos? —preguntó la mujer, su voz resonó como un eco siniestro.

Eilidh dio un paso atrás, instintivamente tomando la mano del guerrero. Él, sin embargo, se adelantó, enfrentándola con una mirada desafiante.

—No buscamos pelea —dijo con voz firme—. Solo queremos respuestas. ¿Por qué realmente las brujas lanzaron la maldición sobre Dunmore?

La bruja río, un sonido agudo y desconcertante que hizo eco en el claro.

—La maldición es el precio de la traición y el miedo. Las promesas rotas y la ignorancia del pueblo trajeron su propia desgracia. Si os adentráis más, solo encontraréis sufrimiento y dolor.

Eilidh sintió un escalofrío recorrer su espalda, pero Lachlan presionó su mano con fuerza, dándole calor.

—No tenemos miedo —respondió Lachlan—. Protegeremos este pueblo de vosotras. No permitiré que nos intimides.

La bruja entrecerró los ojos, evaluando la determinación del hombre. Luego, con un movimiento rápido, levantó una mano y una ráfaga de viento helado los golpeó, haciendo que Eilidh se tambaleara. Lachlan se puso delante de ella, sosteniéndola y enfrentando a la bruja con una firmeza inquebrantable.

—Este bosque está lleno de peligros —advirtió la bruja—. Si realmente buscáis la verdad, debéis estar preparados para enfrentarlos. La maldición no se deshará con palabras valientes, sino con acciones.

Con esas palabras, la bruja desapareció en una nube de niebla, dejando a la pareja solos en el claro. El silencio volvió a envolver el bosque.

Eilidh miró a Lachlan, sus ojos reflejando gratitud.

—Gracias por protegerme —dijo suavemente.

—Estamos en esto juntos. No dejaré que nada malo te suceda.

Ambos continuaron su exploración del bosque. A medida que avanzaban, encontraron antiguos símbolos grabados en las rocas y árboles, indicios de la presencia de las brujas y su poder. El amuleto que Eilidh llevaba brillaba con una luz suave, guiándolos y protegiéndolos.

Finalmente, llegaron a un círculo de piedras antiguas, un lugar que parecía vibrar con energía mágica. En el centro, encontraron un libro encuadernado en cuero, cubierto de polvo y musgo. Eilidh lo tomó con cuidado y lo abrió. Las páginas estaban llenas de escritos y dibujos.

—Este libro podría contener las respuestas que buscamos —dijo la joven.

Lachlan asintió, sus ojos estaban fijos en el libro.

—Lo llevaremos de vuelta al pueblo y lo estudiaremos. Juntos, encontraremos la solución.

Con el libro antiguo en sus manos y el amuleto protector brillando en el cuello de la muchacha, la pareja regresó al pueblo. Sabían que el camino por delante sería difícil y peligroso, pero también estaban seguros de que, juntos, podrían enfrentar cualquier desafío y descubrir la verdad que liberaría a su pueblo de la maldición que lo había atormentado durante tanto tiempo.

De vuelta a casa, ambos se empecinaron en el estudio del libro antiguo que habían encontrado en el bosque. A partir de ese momento, sus noches se convirtieron en largas sesiones de lectura junto al fuego, mientras descifraban los textos en la lengua antigua y examinaban los antiguos símbolos celtas y dibujos que adornaban las páginas amarillentas.

Descubrieron que el libro pertenecía a una de las brujas ancestrales de Cairnwood, una mujer sabia llamada Elspeth. A través de sus escritos, Elspeth contaba la historia de la maldición y los eventos que la habían desencadenado. Revelaba que las brujas, una vez guardianas de la tierra y sus secretos, habían sido traicionadas por los habitantes del pueblo de Dunmore hace siglos. En su dolor y enojo, habían lanzado una maldición que afectaría a generaciones venideras.

—Orlagh tenía razón.

—Sí, según estos escritos es cierto.

Sin embargo, también había una nota de esperanza en los escritos de Elspeth. Hablaba de un ritual antiguo, oculto en las profundidades del bosque, que podría deshacer la maldición si se realizaba con la pureza de intención y el sacrificio adecuados. Pero advertía que el ritual era peligroso y requería de un conocimiento profundo de la magia y la conexión con los espíritus del bosque.

Eilidh y Lachlan consultaron con Orlagh y otros ancianos del pueblo, quienes confirmaron las historias que habían sido transmitidas de generación en generación. Estaban divididos en cuanto a la realización del ritual: algunos creían que era la única manera de liberar a

Dunmore del miedo y la desconfianza que había marcado su historia, mientras que otros temían los riesgos involucrados.

Mientras debatían sobre qué decisión tomar, Eilidh y Lachlan continuaron explorando el bosque en busca de más pistas y preparándose para lo que fuera necesario para completar el ritual. En cada paso que daban, sentían la presencia de las brujas observándolos desde las sombras, a veces ayudándolos y otras veces poniendo obstáculos en su camino.

Capítulo 3

Una tarde, cuando Eilidh volvía de bañarse cerca del manantial sagrado del bosque, se encontró de nuevo con la bruja que habían conocido anteriormente. Esta vez, la bruja no intentó asustarla, sino que le advirtió con un tono de urgencia.

—El ritual es un camino peligroso, joven Eilidh —dijo la bruja con voz grave—. No solo enfrentaréis las pruebas del bosque y las sombras del pasado, sino también vuestras propias debilidades y miedos. Todos los que lo intentaron antes no sobrevivieron.

Miró a la bruja con seriedad, sintiendo la gravedad de sus palabras. Sin embargo, no vaciló.

—Entiendo los riesgos, pero debemos intentarlo. No podemos permitir que la maldición siga afectando a nuestro pueblo.

La bruja la observó por un momento, luego asintió lentamente.

—Muy bien. Si estás decidida, te guiaré hasta el lugar donde se debe realizar el ritual. Pero recordad, la magia antigua no es indulgente con los que dudan.

Con la bruja como guía, Eilidh se aventuró profundamente en Cairnwood, siguiendo un camino que solo conocían los que estaban dispuestos a enfrentar lo desconocido. A lo largo del camino, pasó por un cauteloso sendero, donde la luz del sol luchaba por atravesar el denso dosel de árboles antiguos. Ramas retorcidas crujían sobre sus cabezas como garras fantasmales, susurrando secretos que el viento llevaba y nunca revelaba.

Estaba salpicado de charcos de barro espeso que se agarraban a sus botas con un apretón viscoso y desagradable. Criaturas nocturnas acechaban desde la penumbra: búhos con ojos como brasas que los observaban con una intensidad que enviaba escalofríos por la espalda de Eilidh. Susurros ininteligibles flotaban en el aire, como si los árboles mismos estuvieran hablando en un lenguaje ancestral que solo la bruja podía entender.

A medida que avanzaban, el bosque parecía cerrarse a su alrededor, envolviéndolos en una oscuridad casi tangible. Sombras se movían entre los árboles, formas indistintas que parecían tomar vida propia cuando nadie las miraba directamente. El crujido de ramas quebradas y de hojas secas eran su única compañía, aparte de la bruja que marchaba delante con paso firme y decidido.

Cada paso hacia lo desconocido era un desafío, cada sombra una prueba de valor. Eilidh se aferraba a la esperanza de que al final del sendero encontrara lo que buscaba, aunque el precio pareciera ser alto. Enfrentar los misterios y peligros de ese lugar, donde el bosque mismo parecía estar vivo y respirar con una presencia antigua y vigilante era lo más difícil que había vivido.

Finalmente, llegaron a un claro en el centro del bosque, donde se alzaban antiguas piedras y árboles centenarios. La bruja le indicó el lugar exacto donde debía realizar el ritual.

—Ahora.

Siguiendo las instrucciones que había encontrado en el libro de Elspeth, comenzó el ritual con palabras de poder y gestos ceremoniales. La magia fluyó a su alrededor, mezclándose con la energía del bosque y creando una atmósfera cargada de posibilidades y peligros.

Pero justo cuando estaban alcanzando el clímax del ritual, una presencia oscura surgió de entre los árboles. Era una manifestación de la maldición misma, una sombra antigua y malévola que intentaba detenerlos con su poder oscuro.

La joven Mackenzie sintió el miedo acercarse, pero se mantuvo firme en su posición, invocando sus propias habilidades y la fuerza de su espíritu. La sombra retrocedió lentamente, incapaz de resistir la fuerza que emanaba Eilidh. Con un último estallido de energía, el ritual

llegó a su conclusión. El bosque se llenó de luz dorada y el aire vibró con la sensación de que algo profundo y antiguo había sido transformado.

Cuando el brillo se desvaneció y el bosque volvió a la calma. De vuelta en el pueblo, las campanas de la iglesia sonaban en celebración. Los habitantes de Dunmore se reunieron en la plaza, sus rostros llenos de gratitud y esperanza renovada. La oscuridad de la noche, mientras observaban las estrellas brillar sobre las *tierras altas*, Eilidh y Lachlan se abrazaron con la certeza de que su unión y su sacrificio habían traído paz y prosperidad a su amado Dunmore.

—Esto no ha terminado todavía —auguró Orlagh con voz sombría, haciendo eco de su preocupación mientras el grupo se detenía momentáneamente en el oscuro sendero de Cairnwood.

—Pero... yo... he conseguido luchar contra la maldición —balbuceó Eilidh, intentando afirmar su valentía frente a la incertidumbre que se cernía sobre ellos.

Un escalofrío recorrió a todos cuando una repentina sensación de observación les hizo volver la mirada hacia una dirección específica. Allí, entre los troncos retorcidos, las siluetas de las brujas se asomaban, apenas visibles pero palpables en su presencia ominosa.

Las figuras encapuchadas y de rostros sombríos parecían fusionarse con la oscuridad del bosque, sus ojos brillaban con una malicia ancestral. No hacía falta que hablaran para transmitir su advertencia silenciosa: el destino de los Mackenzie estaba aún en juego, y la maldición que habían desafiado no era la única fuerza oscura que los acechaba en aquel lugar olvidado por el tiempo.

El silencio pesado fue roto solo por el murmullo inquietante del viento entre las hojas y el crujir de ramas bajo sus pies, mientras las brujas permanecían inmóviles, observando con una intensidad que helaba el alma.

Eilidh se sobresaltó al escuchar el golpeteo en la puerta a media noche, su corazón latía con fuerza mientras se acercaba con cautela para abrir. Al otro lado, la figura encapuchada de la bruja anónima aguardaba, iluminada débilmente por la luz de la luna que se filtraba por las nubes.

—¿Qué estás haciendo aquí a esta hora? —preguntó con un deje de incredulidad y nerviosismo en su voz.

La bruja la miró fijamente con ojos que parecían contener un universo de secretos y advertencias.

—Necesito hablar contigo.

Dudosa en creer en sus palabras dijo;

—¿Puedo confiar en ti?

—Sí. El ritual que realizaste no ha hecho más que despertar fuerzas que estaban mejor que las dejaseis en paz —dijo con solemnidad, su voz resonando en el aire nocturno cargado de misterio.

Eilidh sintió un escalofrío recorrer su espalda, recordando las palabras ominosas de la bruja cuando la guio hacia aquel lugar apartado en el bosque.

—Ven, pasa.

Entraron a la casa y se sentaron en unas sillas. Le ofreció un poco de leche y conversaron a la luz de las velas.

—¿Qué quieres decir? —inquirió temiendo lo que podría venir a continuación.

Suspiró profundamente, como si llevara sobre sus hombros un peso demasiado grande para ser compartido.

—La maldición que pensaste haber roto... solo has conseguido perturbarla. Ahora, los espíritus inquietos han comenzado a manifestarse con más fuerza. Hay algo más poderoso y oscuro en juego aquí, algo que va más allá de lo que tú o yo podemos controlar —explicó la bruja, sus palabras resonando con la gravedad de una verdad inevitable.

Eilidh se sintió abrumada por la revelación, la certeza de que había desencadenado fuerzas que no entendía completamente.

—¿Qué debo hacer entonces? —preguntó, buscando desesperadamente alguna guía en medio de la creciente oscuridad que rodeaba su vida.

La miró con compasión, pero también con una advertencia clara en sus ojos.

—Debes estar preparada. No sabemos qué se avecina, pero debes enfrentarlo. Esta noche es solo el comienzo de un camino más oscuro y peligroso —concluyó mientras el viento ululaba entre los árboles, como si también anticipara el caos que estaba por desatarse.

La joven asintió lentamente, sabiendo que no había vuelta atrás.

—¿Quién eres?

—Soy Phoebe, la mejor amiga de tu madre.

—¿De mi madre? Pero tu eres... eres una bruja —frunció el cejo.

—Así es —asintió—. Tú también eres una de nosotras.

Eilidh se quedó paralizada por las palabras que resonaban en la habitación como un eco de verdades ocultas y pasadas dolorosas.

—¿Qué quieres decir con una de nosotras? —preguntó—, su voz apenas era un susurro en la quietud de la noche.

Phoebe la miró con compasión mezclada con pesar.

—Eres una bruja. Viene en tu sangre, de generaciones atrás. Elspeth es tu antepasada directa de vuestra familia, tu abuela practicaba la magia, al igual que tu madre y así todas las mujeres de tu linaje —dijo la bruja con una solemnidad que cortaba el aire como un cuchillo afilado.

Eilidh sintió un nudo en la garganta, reviviendo los recuerdos dolorosos que había enterrado profundamente en su mente.

—¿Por qué no me lo contasteis antes?

—Murieron antes de que lo supieras, eras tan sólo una niña.

—Las energías que has desatado con el ritual están relacionadas con la historia de tu familia. No es solo una maldición, es un legado oscuro que debemos enfrentar —explicó la bruja con voz firme, como una guía en medio de la tormenta.

—¿Por qué sucedió esto? —preguntó, su voz temblorosa pero decidida a confrontar la verdad que emergía lentamente.

Su rostro reflejando un dolor antiguo y profundo.

—Todo comenzó con la madre de Elspeth. Fue traicionada por un hombre en quien confiaba y amaba, el padre de ésta. Él la denunció a los cazadores de brujas por miedo y ambición. Fue su traición la que desató la maldición que ha perseguido a los Mackenzie desde entonces. Las brujas de Cairnwood envenenaron sus espíritus con odio e ira hacia los hombres de tu clan, por ello —dijo con tristeza.

—¿Cómo podemos romper esta maldición? —preguntó, buscando desesperadamente una solución.

—Debes aprender a controlar tu poder de bruja, a comprender el legado que llevas y a

enfrentar las sombras que amenazan con devorarnos a todos. Juntas, podemos encontrar la forma de equilibrar estas fuerzas y proteger lo que aún queda de tu familia —dijo la bruja con una determinación que reflejaba años de experiencia y sabiduría.

Eilidh asintió, sabiendo que el camino por delante sería difícil y peligroso, pero ahora entendía que su destino estaba ligado al de las brujas que la precedieron, una conexión ancestral que no podía ignorar.

—Estoy lista para enfrentar esto, Phoebe. Enséñame lo que necesito saber —declaró aceptando finalmente el llamado que la vida había puesto en su camino, guiada por la misma sangre que había marcado a su familia a lo largo de los siglos.

Capítulo 4

Con el descubrimiento de sus raíces, Eilidh MacKenzie se encontró en una encrucijada entre el temor y la curiosidad. La revelación de la bruja Phoebe sobre su linaje no solo explicaba la conexión inexplicable que había sentido con el bosque y las antiguas fuerzas que lo habitaban, sino que también despertaba un sentido de responsabilidad en ella. Si tenía la capacidad de influir en el mundo que la rodeaba, debía hacerlo con sabiduría y compasión, siguiendo el ejemplo de las mujeres de su familia.

Una tarde, mientras el sol se ponía, decidió que era momento de hablar con Lachlan. Había pasado varios días desde el fallido ritual, y sentía que merecía saber la verdad. Lo encontró en el cauce del río Finn, donde solían reunirse para estar juntos y hablar de ellos.

—Estimado, necesito contarte algo —comenzó la joven, con el corazón latiendo rápido en su pecho.

El *highlander* levantó la vista del agua que bajaba con rapidez, su expresión cambiando de curiosidad a preocupación al ver la seriedad en el rostro de su amada.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Eilidh tomó una profunda respiración, sintiendo la carga de las palabras que estaba a punto de decir.

—He descubierto algo sobre mi familia, sobre mí misma. La bruja que nos encontramos en el bosque, se llama Phoebe y era amiga de mi madre. Me ha revelado que provengo de una larga línea de brujas. Mi abuela, mi madre... todas practicaban la magia. Y esa es la razón por la que he sentido una conexión tan fuerte con el bosque y las fuerzas que lo habitan —explicó, observando cuidadosamente la reacción de Lachlan.

Él frunció el ceño, procesando la información, pero no se alejó ni mostró miedo.

—Oh, eso es... demasiado para asimilar... Siempre he sentido que había algo especial en ti, algo que no podía explicar. Ahora lo entiendo mejor —dijo con voz firme y reconfortante.

Eilidh sintió una ola de alivio, pero sabía que aún debía abordar una preocupación importante.

—Lachlan, esta revelación podría causar pánico y miedo entre la gente del pueblo. No quiero que nadie más sufra por esto. Necesito que guardes mi secreto —le pidió, su mirada estaba fija en la suya.

El guerrero asintió sin dudar.

—No tienes de que preocuparte. No diré nada. Tu secreto está a salvo conmigo. No permitiré que el miedo de los demás te haga daño —respondió con convicción.

La mujer sintió que una carga se levantaba de sus hombros, agradecida por tener a alguien en quien podía confiar plenamente.

—Gracias, mi amor. Significa mucho para mí saber que puedo contar contigo —dijo abrazándolo con fuerza.

Mientras el sol se ocultaba y las primeras estrellas comenzaban a brillar en el cielo, ambos permanecieron sentados en las piedras cercanas al río. Refrescando sus pies en el agua cristalina, también refrescaban sus ideas, dejando que el flujo constante del río se llevara sus miedos y dudas.

La revelación de sus raíces y la promesa de Lachlan habían fortalecido a Eilidh, haciéndola sentir más preparada que nunca para enfrentar los desafíos que el futuro le deparaba. Se volvió hacia Lachlan, sus ojos brillando con determinación y amor.

—Te amo, Lachlan —dijo con una intensidad que resonó en el aire tranquilo del

anocheecer.

La miró, su corazón lleno de emoción, y la besó con pasión, dejando que todos los sentimientos que habían reprimido salieran a la superficie. Sus labios se encontraron con una mezcla de ternura y deseo, un beso húmedo que hablaba de su amor y de su compromiso mutuo.

Se amaban de una manera profunda y sincera, un amor que los uniría en los momentos más oscuros y los guiaría hacia la luz. Mientras se besaban, el mundo a su alrededor parecía desvanecerse, dejando solo el río, las estrellas, y el latido de sus corazones como testigos de su promesa compartida.

—Es tarde, te acompañaré a casa —dijo, acariciando suavemente su mejilla.

Ella sonrió, agradecida por su consideración y apoyo.

—¿Por qué no te quedas a cenar en la mía? —sugirió, sus ojos brillando con una mezcla de esperanza y cariño.

Lachlan sonrió, sintiendo la calidez en su corazón.

—Me encantaría. No hay nada que desee más que pasar más tiempo contigo esta noche —respondió, tomando su mano con firmeza y ternura.

Ambos se levantaron de las piedras junto al río, dejando que el murmullo del agua los acompañara mientras caminaban juntos hacia la casa de Eilidh.

Bajo la guía de la vieja amiga de su madre, Phoebe, comenzó un riguroso entrenamiento para aprender a controlar y dirigir sus poderes. Era una maestra paciente pero firme, que había pasado décadas estudiando los caminos de la magia y honrando la memoria de las brujas que habían sido tanto guardianas como custodias del equilibrio en Cairnwood.

En las primeras semanas de su entrenamiento, Eilidh MacKenzie se enfrentó a desafíos que iban más allá de la simple manipulación de energía mágica, encantamientos y pocimas. Aprendió a escuchar los susurros del bosque, a sentir la presencia de los espíritus antiguos y a comprender los ritmos naturales que regían el mundo a su alrededor. Phoebe le enseñó a tratar con respeto y humildad los poderes que había heredado, enfatizando que la magia no era solo un medio para alcanzar fines personales, sino una herramienta para servir y proteger a los demás.

Durante las noches en las que practicaban en la seguridad del hogar de Phoebe, Eilidh experimentó visiones y sueños que revelaban fragmentos del pasado de Dunmore y las decisiones que habían llevado a la maldición del pueblo. A través de estas revelaciones, comenzó a comprender la complejidad de la historia de su tierra natal y la importancia de sanar las heridas del pasado para construir un futuro mejor.

Con el tiempo, la muchacha comenzó a dominar técnicas más avanzadas de magia: desde la curación de las enfermedades que afligían a los animales del pueblo hasta la restauración de la fertilidad de los campos agotados por años de cosechas fallidas. Cada pequeño avance en su entrenamiento fortalecía su confianza y reafirmaba su propósito de usar sus habilidades para el bien común.

Mientras tanto, el vínculo entre Eilidh y Lachlan se profundizaba aún más a medida que él la apoyaba incondicionalmente en su viaje hacia el dominio de sus poderes. Lachlan, aunque no tenía habilidades mágicas propias, desempeñaba un papel crucial al proteger a su amada de cualquier amenaza externa y al servir como su ancla emocional en momentos de duda y agotamiento.

A medida que Eilidh avanzaba en su entrenamiento, el pueblo de Dunmore comenzó a notar cambios sutiles pero significativos en su entorno. Los días de neblina constante dieron paso

a lluvias reparadoras que revitalizaron los campos y restablecieron el equilibrio natural del sol que había sido perturbado durante tanto tiempo. Los animales se volvieron más saludables y robustos, y la esperanza en el vientre de algunas mujeres comenzó a florecer nuevamente. Nadie lo reveló claramente, pero el clan MacKenzie notó que Eilidh era especial tal y como lo predijeron los ancianos, entre ellos, Orlagh.

Sin embargo, la tarea más desafiante aún estaba por delante: enfrentar directamente a las brujas de Cairnwood y negociar un acuerdo que restaurara completamente la armonía entre el pueblo y las fuerzas mágicas que lo rodeaban. Con el apoyo de Lachlan y la sabiduría de Phoebe, Eilidh se preparó para el enfrentamiento final que determinaría el destino de Dunmore y marcaría el comienzo de una nueva era para todos sus habitantes.

—Es increíble haber desarrollado estos poderes.

Phoebe asintió con una sonrisa.

—Sí, querida Eilidh. Tus poderes provienen de una larga línea de brujas que han protegido y servido a las *Highlands* durante generaciones.

—Cuéntame más sobre mi madre.

—Fue una bruja benevolente y sabia. Ella siempre tuvo un don especial para curar y traer paz a aquellos que la rodeaban —respondió con afecto en su voz—. Oh, ya es muy tarde he de marcharme.

—Gracias por tu tiempo hoy.

—Hasta mañana, querida.

Después de una intensa sesión de meditación y manipulación de energía, Phoebe se marchó a su hogar y Eilidh se quedó con Lachlan quien ahora vivía con ella.

Se acercó silenciosamente y se sentó a su lado.

—¿Estás bien? —preguntó suavemente.

Suspiró, apartando la mirada del fuego para encontrarse con los ojos preocupados de éste.

—Es mucho más de lo que había imaginado. A veces me pregunto si podré estar a la altura de las expectativas.

El guerrero tomó su mano con ternura.

—Nadie espera que seas perfecta. Lo que importa es que estás dispuesta a intentarlo, a usar tus dones para hacer el bien. Eres fuerte y valiente, y eso es lo que cuenta.

Asintió lentamente, reconfortada por las palabras de Lachlan. Sabía que no estaría sola, que él estaría a su lado en cada paso del camino.

—Gracias. No podría hacer esto sin ti —dijo sinceramente.

Lachlan le sonrió con amor.

—Encontrarás la manera de liberar a Dunmore de la sombra de la maldición y traer la paz que tanto anhelamos.

Con esa promesa silenciosa entre ellos, la pareja observó el fuego arder en la oscuridad de la noche, sabiendo que el mañana traería nuevos desafíos y oportunidades para demostrar la fuerza de su amor y el poder de la magia que ahora fluía en las venas de Eilidh.

Cenaron un exquisito guiso de liebre que la joven había preparado con esmero, acompañado de vino dulce que fluía suavemente y calentaba sus almas.

—Además de preciosa, eres una gran cocinera —elogió mojando la salsa con una moya de pan.

—Es un gusto verte comer —rio.

El guerrero, conocido por ser un magnífico contador de historias, comenzó a narrar algunas de sus favoritas. Habló de *highlanders* y criaturas míticas, de antiguas batallas y amores

eternos.

—¿Has oído la historia de Cú Chulainn? —comenzó Lachlan, su voz llenando la habitación con un tono dramático—. Era un guerrero valiente, conocido por su fuerza y valentía desde una edad muy temprana. Un día, en su infancia, decidió unirse a la fiesta de su tío, el rey Conchobar, en Emain Macha. Sin escolta ni autorización, viajó solo y demostró su valía enfrentándose a los temibles perros guardianes y, con astucia y coraje, ganó su nombre y su lugar entre los héroes.

La mujer lo escuchaba encantada, sus ojos brillando a la luz del fuego mientras Lachlan narraba con pasión, la historia de Cú Chulainn, que resonaba con la misma determinación y valor que ella sentía despertar en su propio corazón.

Esa noche, la lluvia comenzó a caer con fuerza, golpeando el techo de la casa con un ritmo constante y relajante. Las llamas del hogar parpadeaban, reflejando la calidez del interior en contraste con la tormenta que rugía afuera.

—Es muy tarde y está lloviendo a mares. No verías el camino de regreso con esta tormenta —dijo Eilidh, su voz llena de preocupación y afecto—. Quédate a dormir. Hay una habitación de invitados lista.

Lachlan se sonrojó ligeramente ante la propuesta, la calidez subiendo a sus mejillas.

—No quisiera incomodar...—comenzó, pero sus palabras se desvanecieron cuando vio la preocupación genuina en sus ojos.

—Por favor, insisto, quiero que estés seguro —insistió ella, su mirada firme pero tierna.

Sonrió, apreciando su cuidado.

—No podría pensar en un lugar mejor para pasar la noche que aquí, contigo —respondió finalmente, aceptando la invitación con una sonrisa.

—Bien.

Después de ordenar la mesa y asegurarse de que el fuego estuviera bien avivado, Eilidh le mostró a Lachlan la habitación, una acogedora estancia con una cama grande y cálida donde dormían sus hermanos.

—Gracias, eres tan amable —dijo tomando su mano y besándola suavemente, aún con un leve rubor en sus mejillas.

—Buenas noches, duerme bien —añadió, correspondiendo el beso en su mano con una sonrisa.

Mientras la tormenta continuaba afuera, el *highlander* se acomodó en la cama, sintiendo una paz y una calidez que nunca había experimentado antes. Eilidh, en su propia habitación, se sintió igualmente reconfortada, sabiendo que no estaba sola en sus desafíos futuros.

Mientras la tormenta rugía afuera, Eilidh se encontraba inquieta en su cama. No podía dormir, su mente llena de pensamientos y emociones que no dejaban de agitarse. Al mismo tiempo, Lachlan también se encontraba despierto, una sed repentina lo había levantado de la cama. Ambos salieron de sus habitaciones, sus caminos encontrándose en el pasillo oscuro de la casa.

—Oh...

—No podía dormir —murmuró la muchacha, con su voz suave apenas audible sobre el sonido de la lluvia.

—Yo tampoco. Tenía sed —respondió él sonriendo débilmente.

Asintió y lo condujo a la cocina, donde le sirvió agua que se encontraba en una jarra de cerámica. Mientras bebía, sus miradas se encontraron, y una chispa de entendimiento y deseo pasó entre ellos.

—Lachlan —dijo Eilidh con voz temblorosa pero decidida—, ¿dormirías conmigo?

—¿Contigo? Uh... ¿en el mismo lecho?

—No quiero estar sola.

Lachlan, tragó saliva y asintió lentamente. Sabía que había algo más profundo en juego, algo que los llamaba a estar juntos en ese momento.

De vuelta en la habitación de Eilidh, la atmósfera se cargó de una mezcla de expectación y deseo. Se acercaron el uno al otro lentamente, como si cada movimiento estuviera cargado de significado. La tomó en sus brazos, y sus labios se encontraron en un beso profundo y apasionado, dejando salir toda la emoción contenida de la noche. Eilidh lo guió hacia su lecho, el contacto de sus cuerpos encendiendo una chispa que rápidamente se convirtió en un fuego ardiente. Las caricias eran suaves y exploratorias al principio, pero pronto se volvieron más urgentes. Lachlan deslizó sus manos por la espalda de ella, sintiendo cada curva y contorno, mientras la joven respondía con igual fervor, sus dedos entrelazándose en el cabello de él.

La ropa fue desapareciendo entre sus suspiros y murmullos, cada prenda retirada con una mezcla de delicadeza y deseo. Sus cuerpos se unieron en un abrazo íntimo y apasionado, moviéndose al unísono como si siempre hubieran estado destinados a encontrarse así.

El calor de la pasión los envolvía, cada beso y caricia intensificaba el lazo que compartían. Los sonidos de la tormenta afuera parecían distantes, insignificantes frente al rugido de sus corazones y el fuego de su unión.

En el clímax de su amor, se entregaron completamente el uno al otro, sus cuerpos y almas conectando en un nivel profundo y eterno. Fue una noche de amor y entrega, donde el tiempo pareció detenerse, y el mundo exterior dejó de existir.

Finalmente, agotados pero satisfechos, se acurrucaron juntos bajo las mantas, la calidez de su unión protegiéndolos del frío y la tormenta que aún azotaba afuera. Eilidh apoyó su cabeza en el fornido pecho de Lachlan, escuchando el ritmo constante de su corazón.

—Te amo, mi amor —susurró, sintiéndose más segura y amada que nunca.

—Y yo a ti, querida. Siempre estaré a tu lado —respondió él, besándola suavemente en la frente.

Así, abrazados y envueltos en la ternura de su amor, ambos se sumieron en un sueño profundo y reparador, preparados para enfrentar juntos cualquier adversidad que el destino les deparara.

Capítulo 5

Todo fue de mal en peor. Con rumores de cosechas arruinadas en las granjas cercanas. Los campos que habían florecido bajo el cuidado de Eilidh ahora parecían marchitarse prematuramente, sin importar los esfuerzos de los agricultores por proteger sus cultivos. Las enfermedades volvieron a afectar a los animales del pueblo, dejando a los ganaderos perplejos ante la rápida propagación de síntomas inexplicables. Y lo que era más inquietante, empezaron a surgir noticias de personas que desaparecían en circunstancias misteriosas, dejando tras de sí solo rastros vagos y preocupantes.

Con cada día que pasaba, la tensión entre los habitantes de Dunmore aumentaba, tejiendo una red de supersticiones y temores que había sido suprimida durante el breve periodo de paz. Los ancianos del pueblo murmuraban sobre la posibilidad de que las brujas hubieran puesto en marcha sus planes para acabar con ellos, susurros que se propagaban como fuego entre las casas y las tabernas.

Ante esta nueva amenaza, Eilidh y Lachlan decidieron que debían actuar. Sentados al calor de la chimenea una noche, compartieron sus preocupaciones en voz baja.

—Algo no está bien, Lachlan. Estos sucesos no son simples coincidencias. Hay una fuerza oscura en juego aquí —dijo mirando fijamente el fuego mientras sus pensamientos se enredaban en posibles explicaciones.

Lachlan asintió solemnemente.

—Estoy de acuerdo. Parece que la paz que encontramos fue solo temporal. Debemos descubrir qué está causando todo esto antes de que el miedo se apodere por completo de Dunmore.

Decidieron comenzar su investigación al día siguiente, comenzando por hablar con los aldeanos afectados y recopilar cualquier información que pudiera arrojar luz sobre los misteriosos eventos. Eilidh también se propuso usar sus habilidades mágicas para detectar cualquier rastro de energía oscura que pudiera estar vinculada a los problemas del pueblo.

Su primer día de investigación los llevó por los campos y senderos que conocían tan bien, pero ahora vistos bajo una luz diferente. La joven pudo sentir la ansiedad y el temor en cada mirada que recibían de sus vecinos, reflejos de la incertidumbre que crecía en sus propios corazones. No obstante, no encontraron respuestas claras ese día, solo más preguntas sin respuesta y una creciente sensación de urgencia.

Fue al anochecer, cuando regresaban a casa con las manos vacías y el ánimo caído, que un grito desgarrador rompió el aire nocturno. Corrieron hacia el sonido, guiados por el instinto de protección.

En el centro del pueblo, encontraron a un anciano agitado, señalando hacia el bosque con ojos llenos de terror.

—¡Las brujas han vuelto! ¡Las he visto con mis propios ojos! —exclamó, temblando.

Eilidh y Lachlan intercambiaron una mirada cargada de determinación. Sabían que la verdadera prueba de su amor y valentía estaba frente a ellos una vez más.

—¡No puede ser cierto! —exclamó uno de los aldeanos más jóvenes, con la voz temblorosa—. Pensábamos que habíamos liberado al pueblo de su influencia. ¿Cómo es posible que estén de vuelta?

Eilidh se adelantó, tratando de calmar los ánimos agitados.

—Escuchadme, por favor. No sabemos con certeza qué está sucediendo, pero lo averiguaré. Necesitamos mantener la calma y trabajar juntos para entender esta situación.

Lachlan asintió, con la mandíbula tensa pero la determinación ardiente en sus ojos.

—Tiene razón. No dejaremos que el miedo nos paralice. Debemos actuar con prudencia, pero con valor.

Orlagh se adelantó, su rostro marcado por años de experiencia y sabiduría.

—Hace mucho que no enfrentábamos tal oscuridad, pero también hemos conocido momentos de luz gracias a ti. Confiamos en que nos guiarás de nuevo hacia la seguridad y la paz.

Eilidh sintió el peso de las expectativas sobre sus hombros, pero también sintió el apoyo de su clan. Sabía que no podía defraudarlos.

—Gracias por confiar en mí. Lachlan y yo nos adentraremos en el bosque mañana al amanecer. Juntos, encontraremos respuestas y protegeremos a Dunmore.

Con un murmullo de asentimiento y algunos gestos de apoyo, los aldeanos se dispersaron, aunque el temor aún se aferraba al aire como una sombra. Eilidh y Lachlan se quedaron en el centro del pueblo, mirándose el uno al otro.

—Mañana será un día largo y difícil —dijo Lachlan en voz baja, colocando una mano reconfortante sobre el hombro de su amada.

Ella asintió, sintiendo la conexión entre ellos más fuerte que nunca.

—Sí. Visitaremos a Phoebe, ella nos ayudará.

—Descansaremos esta noche y estaremos listos para lo que sea que nos depare el bosque.

Con eso, se dirigieron hacia su hogar, preparándose mental y físicamente para la tarea que les esperaba al amanecer. Sabían que la respuesta a los misterios que plagaban Dunmore yacía en las profundidades del bosque de Cairnwood, y estaban decididos a encontrarla, sin importar los desafíos que enfrentaran en el camino.

A la mañana siguiente, con el primer rayo de sol, Eilidh y Lachlan se prepararon para su próxima aventura. Sabían que necesitaban el consejo y la guía de Phoebe. Juntos, montaron a caballo y cabalgaron hacia lo más profundo de Cairnwood, donde ella tenía su refugio.

El viaje fue tranquilo pero lleno de nerviosismo. El bosque era denso y misterioso, con sombras largas y susurros de criaturas invisibles acompañando su paso. Finalmente, llegaron a un claro donde la cabaña de Phoebe se alzaba solitaria. Era una estructura rústica, envuelta en hiedra y rodeada de un jardín de hierbas y flores mágicas. La Bruja salió a recibirlos, su figura envuelta en un manto oscuro, y su rostro mostraba una mezcla de sabiduría y bienvenida.

—Bienvenidos —saludó con su voz suave y profunda—. Ven, Eilidh, tenemos mucho de qué hablar.

Eilidh asintió y bajó del caballo, volviéndose hacia Lachlan.

—Nos tomará un tiempo, querido. ¿Te importa esperar aquí? —preguntó, su mirada reflejaba tanto amor como gratitud.

Lachlan sonrió, entendiendo la necesidad de privacidad para las dos mujeres.

—No te preocupes. Estaré aquí cerca —respondió, bajando también del caballo.

Mientras Eilidh y Phoebe se dirigían hacia la cabaña, Lachlan encontró un lugar tranquilo para sentarse y comenzó a limpiar su espada. La hoja reluciente reflejaba la luz del sol mientras él trabajaba con dedicación, sus pensamientos vagando entre los recuerdos de la noche anterior y las futuras batallas que pudieran enfrentar.

El caballo pastaba pacíficamente, aprovechando el momento de calma. Lachlan, aunque atento a su tarea, no dejaba de vigilar el entorno, siempre protector, siempre preparado.

Dentro de la cabaña, Eilidh y Phoebe se sentaron alrededor de una mesa cubierta con viejos pergaminos y frascos de hierbas. La atmósfera era densa con la fragancia de las plantas y el misterio de la magia antigua. Phoebe miró a Eilidh con seriedad.

—El espíritu maligno que nos enfrenta es el de Elspeth y sus antepasados —dijo Phoebe en voz baja—. Están furiosos y su ira ha alimentado la maldición durante generaciones. Necesitamos enfrentarlos y encontrar una manera de apaciguar su rabia.

Eilidh asintió, sintiendo un escalofrío recorrer su columna.

—¿Cómo podemos hacerlo? —preguntó, decidida, pero con una sombra de incertidumbre en su voz.

Phoebe tomó sus manos, sus ojos brillando con una sabiduría antigua.

—Debemos meditar y conectarnos con sus espíritus. Usaremos el idioma de nuestros ancestros, el celta antiguo, un lenguaje que solo nuestro linaje conoce. A través de estas palabras, podemos comunicarnos con ellos y buscar la paz.

Se cogieron las manos y cerraron los ojos, dejando que la energía fluyera entre ellas. Phoebe comenzó a hablar en celta antiguo, su voz resonando con poder y reverencia.

—*A sheanmháithreacha agus a sheanathracha, táimid ag glaoch ort. Táimid anseo le héisteacht agus le tuisoint. Lig dúinn do phian agus fearg a roinnt.*

Eilidh repitió las palabras, sintiendo cómo vibraban en su alma. La energía en la cabaña comenzó a cambiar, volviéndose más intensa y palpable. Sentía la presencia de los espíritus, furiosos pero curiosos por esta comunicación.

—*Táimid anseo le réiteach a fháil,* —continuó Phoebe, con una voz llena de fervor—. *Lig dúinn naisc a chur ar ais agus suaimhneas a fháil.*

Mientras repetían estas palabras, Eilidh sintió una conexión profunda y ancestral. Su mente se llenó de imágenes y emociones de aquellos que habían venido antes que ella. Vio a Elspeth, su rostro distorsionado por el dolor y la traición.

—Elspeth —dijo Eilidh en celta, su voz temblando—. *Tugaimid ómós duit agus do na rudaí atá caite agat. Lig dúinn an tsíocháin a aimsiú le chéile.*

El espíritu de Elspeth pareció detenerse, su furia disminuyendo momentáneamente ante las palabras de Eilidh. Ambas continuaron meditando, su conexión con los ancestros fortaleciéndose con cada palabra pronunciada en lengua antigua.

El aire en la cabaña se volvió denso y cargado de energía, como si los espíritus mismos estuvieran presentes, escuchando y considerando las palabras de las dos mujeres. Lentamente, la furia de los espíritus comenzó a disminuir, reemplazada por una curiosidad y una apertura a la paz.

Después de un tiempo, Phoebe abrió los ojos y miró a Eilidh.

—Hemos dado un gran paso hoy. Pero esto es solo el comienzo. Debemos continuar este camino con cuidado y respeto —dijo Phoebe, con voz impregnada de sabiduría.

Eilidh asintió, su corazón lleno de esperanza y determinación.

—Estoy lista, Phoebe. Haré lo que sea necesario para traer paz a mi familia y romper la maldición.

Phoebe sonrió levemente, viendo la fuerza en los ojos de Eilidh.

—Regresa mañana. Iremos al manantial sagrado —indicó, sus palabras cargadas de promesa y misterio.

A la mañana siguiente, Eilidh y Phoebe se encontraron en el borde del bosque, listas para emprender el viaje hacia el manantial sagrado. Lachlan, siempre protector, insistió en acompañarlas, pero Phoebe le explicó la importancia de que este paso lo dieran únicamente las mujeres conectadas con la magia ancestral.

Con una mezcla de respeto y comprensión, Lachlan las vio partir. El camino hacia el manantial sagrado era sinuoso y oculto entre la densa vegetación del bosque. A medida que se adentraban más, el aire se volvía más fresco y cargado de una energía palpable. Finalmente, llegaron a un claro donde el manantial sagrado brillaba bajo la luz del sol, sus aguas cristalinas reflejando el entorno con una pureza casi etérea.

Phoebe y Eilidh se arrodillaron junto al manantial, sintiendo la antigua magia que emanaba de sus aguas. Phoebe extendió las manos sobre la superficie del agua y comenzó a murmurar en celta antiguo, invocando a las fuerzas de la naturaleza para que acudieran en su ayuda.

—*Fórsaí an dúlra, éist linn. Táimid ag lorg do threoir agus do chumhacht chun an mhallacht a bhriseadh agus suaimhneas a thabhairt dár dteaghlach* —entonó Phoebe, su voz resonando con autoridad y reverencia.

La joven MacKenzie repitió las palabras, sintiendo cómo la energía del manantial fluía a través de ella, conectándola con la esencia misma del bosque y de sus antepasados.

—*Éist linn, a uisce na beatha, agus tabhair dúinn an neart agus an eagna chun an tsíocháin a athbhunú* —dijo Eilidh, su voz firme y clara.

De repente, el agua del manantial comenzó a brillar intensamente, y una suave brisa cargada de aromas florales las envolvió. Era como si el bosque mismo respondiera a su llamada. Figuras etéreas, representaciones de los espíritus de la naturaleza, comenzaron a aparecer alrededor del manantial, sus rostros llenos de compasión.

Phoebe miró a Eilidh, asintiendo con un gesto de aprobación.

—Han escuchado nuestra llamada. Ahora debemos mostrarles nuestra sinceridad y compromiso —dijo Phoebe, tomando una daga ceremonial y haciéndose un pequeño corte en la palma de la mano, dejando caer una gota de sangre en el manantial.

Eilidh hizo lo mismo, dejando que su sangre se mezclara con el agua sagrada.

—Aceptamos este sacrificio y este compromiso. Que nuestra sangre y la de nuestros ancestros se unan en esta búsqueda de paz y redención —dijo Eilidh con solemnidad.

Las figuras etéreas asintieron, y una de ellas, una mujer con un aura particularmente poderosa, se acercó a Eilidh.

—Hija de la tierra y del agua, tu corazón es puro y tu espíritu es fuerte. Te ayudaremos a romper la maldición, pero recuerda que el verdadero poder reside en el amor y en la unidad de tu familia —dijo el espíritu, su voz como un susurro en el viento.

La muchacha sintió una ola de gratitud y esperanza.

—Gracias. Prometo honrar esta ayuda y proteger la paz que buscamos restaurar —respondió, sus ojos brillando con una nueva resolución.

Con la bendición de las fuerzas de la naturaleza, ambas regresaron al pueblo, sintiendo que el primer gran paso hacia la liberación de la maldición había sido dado.

Al llegar al pueblo, Lachlan las recibió con una mezcla de preocupación y alivio.

—¿Todo ha salido bien? —preguntó.

Eilidh asintió, sus ojos brillando con esperanza.

—Sí, hemos logrado un gran avance, estamos muy cerca—respondió, tomando la mano de Lachlan con firmeza.

Phoebe, observando la escena, intervino con una sonrisa serena.

—Las fuerzas de la naturaleza nos han ofrecido su ayuda, pero el verdadero poder reside en la unidad y el amor. Debemos mantenernos unidos y continuar este camino con fe y fortaleza.

Durante las siguientes semanas, Eilidh, Lachlan, y los espíritus buenos del bosque trabajaron incansablemente. Cada día, Eilidh lideraba rituales y meditaciones en el manantial sagrado, fortaleciendo el vínculo con los espíritus y pidiendo su guía y protección. Lachlan, por su parte, se encargaba de proteger los límites del bosque y el pueblo, asegurándose de que ningún peligro interrumpiera sus esfuerzos.

Capítulo 6

El tiempo transcurría en paz y armonía en el pueblo y el bosque de Cairnwood, pero Eilidh sabía que la batalla final aún no se había librado. Una noche, mientras se encontraba en el manantial sagrado, sintió una perturbación en el aire. Phoebe, que estaba a su lado, también lo percibió.

—Vienen —dijo ésta última con voz tensa—. Las brujas de Cairnwood están listas para enfrentarse con nosotras. Esta será la última batalla.

Ella asintió, sintiendo el peso de lo que estaba por venir. Juntas, comenzaron a entonar los antiguos cánticos, invocando a las fuerzas del bien para que les ayudaran en esta última prueba.

De repente, el aire se llenó de una energía vibrante y luminosa. Los espíritus buenos junto con otros antepasados, liderados por Eilidh, se materializaron alrededor del manantial, sus formas etéreas irradiando una luz cálida y poderosa. A la distancia, se podían ver las figuras oscuras de las brujas de Cairnwood, moviéndose como sombras entre los árboles. Estaban muy cerca, cada vez más.

Una de las brujas se acercó a Eilidh, sus ojos llenos de una mezcla de tristeza y coraje.

—No eres digna hija del linaje de Elspeth, te has mezclado con un hombre de carne y hueso... le has defraudado... ha llegado el momento de acabar con vuestro pueblo.

Las brujas se acercaron, con túnicas oscuras y la tez blanquecina, lideradas por aquellas más ancianas que aún albergaban rencor y oscuridad en sus corazones. Una de ellas, con una voz llena de desprecio, habló.

—¿Crees que con amor y perdón puedes vencer nuestra magia oscura? —se burló.

Ella dio un paso adelante con su corazón lleno de coraje.

—El verdadero poder no reside en la oscuridad ni en el odio. Reside en el amor, el perdón y la unidad. Hoy, os ofrecemos una oportunidad de redención. Abandonad vuestro odio y uniros a nosotros en la paz —dijo con voz clara y firme.

Por un momento, algunas de ellas dudaron otras rieron. La luz que irradiaba de los espíritus buenos y el amor incondicional en las palabras de Eilidh MacKenzie comenzaron a penetrar sus corazones oscuros. Una a una, algunas de las brujas más jóvenes, que aún tenían esperanza en sus almas, comenzaron a dar un paso atrás, dejando caer sus armas mágicas.

—No podemos seguir así —dijo una de ellas, con lágrimas en los ojos—. Queremos paz. Queremos ser libres del odio.

—Venid, hermanas. Aceptad el amor y el perdón. Juntas, podemos sanar estas tierras y nuestros corazones —dijo Phoebe.

Sin embargo, algunas de las brujas más viejas y endurecidas por el rencor se resistieron, lanzando hechizos oscuros hacia Eilidh y los espíritus buenos.

—¡No, jamás sucumbiremos a los hombres!

La batalla final se desató en una explosión de luz y sombras, un enfrentamiento de fuerzas opuestas.

Eilidh, sintiendo su poder, extendió sus manos y conjuró un escudo de luz, protegiendo a los suyos de los ataques oscuros y haciendo una película invisible sobre las casas del clan. Phoebe, a su lado, recitaba cánticos de protección y sanación, su voz resonando con un poder antiguo. Per ellas eran más fuertes y poderosas.

—¡*Aithreachas agus grá!* —clamó una de las brujas malignas llamando a las fuerzas más oscuras.

De repente, el aire se llenó de un estruendo ensordecedor cuando las brujas de Cairnwood lanzaron bolas de fuego hacia el cielo. Las llamas iluminaban la noche, creando sombras danzantes en el bosque. Eilidh y Phoebe se miraron y comenzaron a recitar cánticos de protección y contraataque.

—Fórsaí an dúlra, éist linn! —gritó Phoebe, levantando las manos al cielo.

Los espíritus nobles respondieron unánimemente, invocando su poder ancestral. Desde el manantial sagrado, surgieron columnas de agua que se alzaron para contrarrestar las bolas de fuego, apagando las llamas antes de que causaran más destrucción. Pero las brujas oscuras no se detuvieron; comenzaron a lanzar hechizos de hielo, congelando árboles y destruyendo casas y naturaleza, así como animales, a su paso.

Durante una de las feroces peleas, un destello de luz oscura atravesó el aire como un rayo, golpeando a Lachlan directamente en el pecho. Él cayó al suelo con un grito de dolor, y la escena pareció congelarse por un momento. Eilidh, al ver a su amado caer, sintió como si el mundo se detuviera.

—¡No! —gritó ésta corriendo hacia él con desesperación en su voz.

Lachlan yacía en el suelo, respirando con dificultad, mientras una herida profunda y sangrante marcaba su torso. Eilidh se arrodilló a su lado, sus manos temblando mientras intentaba detener la hemorragia.

—Mi amor, por favor, aguanta. Te pondrás bien —dijo con sus ojos llenos de lágrimas.

—Eilidh... continúa lo estás haciendo... haciendo muy bien...

Phoebe se acercó rápidamente, mirando la gravedad de la situación. Con un movimiento decidido, sacó un frasco de su bolso y comenzó a mezclar hierbas y ungüentos.

—Necesitamos tiempo para que esto haga efecto. Pero no podemos detener la lucha ahora —dijo Phoebe, su voz urgente pero calmada.

Eilidh asintió, su mente dividida entre el deber de proteger a todo un pueblo y el amor por Lachlan. Ella levantó la vista, sus ojos estaban llenos de ira.

—Phoebe, por favor, cuídalo. No dejaré que muera —dijo apretando la mano de Lachlan antes de levantarse.

Elspeth, liderando a las brujas oscuras, se materializó junto a Eilidh. Su presencia etérea emanaba una frialdad palpable, y su rostro mostraba una mezcla de furia y dolor acumulado a lo largo de siglos.

—¿Eilidh? —dijo Elspeth, su voz cargada de resentimiento—. ¿Eres tú la que ha traído estos espíritus aquí? ¿Tú, que te atreves a desafiar mi poder y el de mis aliadas?

Ella se mantuvo firme, a pesar de la intensa mirada de Elspeth.

—Sí, soy yo —respondió—. He venido a buscar la paz y la reconciliación, no más destrucción. Este pueblo es nuestro hogar, y no podemos seguir luchando entre nosotras.

Elspeth dejó escapar una risa amarga.

—¿Paz? ¿Reconciliación? ¿Después de todo el dolor y traición que hemos sufrido? ¿Crees que unas pocas palabras bonitas pueden borrar siglos de odio y venganza? —su voz se tornó aún más gélida—. Los hombres nos traicionaron, mi propio padre lo hizo y nuestras propias hermanas nos abandonaron. No hay lugar para el perdón aquí.

Eilidh respiró hondo, sintiendo el peso del rencor de Elspeth.

—Entiendo tu dolor. Sé que has sufrido, y sé que el odio te ha dado fuerza, pero también te ha consumido. No todos los hombres son malos. No todos buscan destruirnos. He encontrado el amor y la bondad en Lachlan. Él no es como los que te traicionaron —dijo con voz temblorosa pero firme.

Elspeth miró con desdén al *highlander* herido en el suelo.

—No quiero que muera, sé que él haría cualquier cosa por mí —derramó una lágrima—, ayúdame, le amo y él a mí.

—¿Qué te hace pensar que tu amor puede romper la maldición que nos ha mantenido prisioneras? —preguntó.

—El amor verdadero puede sanar incluso las heridas más profundas. No estoy diciendo que olvidemos lo que pasó, pero podemos elegir no dejar que el odio nos consuma. Podemos elegir el perdón y la paz.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Por supuesto que sí.

Elspeth lanzó su furia contra todo lo que les rodeaba. Pero con un gesto de su mano, Eilidh invocó a los espíritus del viento. Ráfagas de aire cortante barrieron el campo de batalla, desintegrando los hechizos de hielo antes de que pudieran causar más daño.

A pesar de los esfuerzos combinados de Eilidh, Phoebe, y los espíritus buenos, las brujas oscuras continuaban atacando, lanzando más bolas de fuego y hielo. El bosque estaba en peligro severo, y las llamas comenzaron a consumir los árboles antiguos mientras el hielo cubría las tierras fértiles, amenazando con destruir todo lo que amaban.

Eilidh, viendo la devastación a su alrededor, sintió una ira y tristeza profundas.

—¡Basta! No podemos seguir destruyendo nuestro hogar —gritó su voz resonando con una autoridad que detuvo momentáneamente la batalla.

Las brujas, tanto las oscuras como los seres de luz, se detuvieron y miraron a Eilidh. Ella respiró hondo y continuó.

—¡Este bosque es nuestro hogar! ¡Cada uno de nosotros tiene una responsabilidad para protegerlo, no para destruirlo! Si continuamos luchando así, no quedará nada por lo que pelear. Os pido, os ruego, que dejéis de lado vuestro odio y rencor. Trabajemos juntos para sanar nuestras tierras y nuestros corazones.

Por un momento, hubo silencio. Las brujas oscuras intercambiaron miradas, algunas aún llenas de odio, pero otras comenzaron a mostrar signos de duda y arrepentimiento.

Las palabras de Eilidh comenzaron a surtir efecto. Una a una, las brujas más jóvenes y aquellas que aún conservaban una chispa de bondad en sus corazones, bajaron sus manos y dejaron caer sus armas mágicas. Las llamas y el hielo se disiparon lentamente, y un aire de calma comenzó a llenar el espacio. Una de las brujas más oscuras, con lágrimas en los ojos, dio un paso adelante.

—No queremos seguir destruyendo. Queremos paz Elspeth —dijo con voz temblorosa.

Las demás brujas, inspiradas por este acto de amor y perdón, siguieron el ejemplo, arrodillándose y aceptando la oferta de paz. Con un último suspiro, Elspeth y los espíritus buenos se unieron al círculo, sus figuras etéreas brillando con una luz cálida y reconfortante. El bosque, que había estado al borde de la destrucción, comenzó a sanar. Las llamas se extinguieron, el hielo se derritió y las plantas empezaron a brotar nuevamente, simbolizando un nuevo comienzo.

Eilidh miró a su alrededor, viendo a las antiguas enemigas ahora unidas en un propósito común. Sus ojos se encontraron con los de Lachlan, quien sonrió con orgullo y amor. Sabía que habían logrado algo increíble, algo que resonaría a lo largo de las generaciones futuras.

Con la maldición rota y un nuevo sentido de esperanza y propósito, Eilidh, Lachlan, Phoebe, y las brujas de Cairnwood miraron hacia el futuro, listos para construir un mundo donde el amor y la paz reinara por encima de todo.

—Eilidh, mi descendiente, he visto tantas traiciones y sufrimiento a lo largo de los años.

Mi corazón ha estado lleno de rencor por tanto tiempo que olvidé lo que es el perdón —respondió Elspeth, su voz temblando ligeramente.

Tomó la mano etérea de Elspeth entre las suyas, sintiendo un calor reconfortante.

—Veo la verdad en tus palabras. Veo el amor en tus acciones y la esperanza en tus ojos... Reconozco que he dejado que el dolor de la traición de mi padre hacia mi madre y hacia mí, oscurezca mi visión durante demasiado tiempo. Si tú puedes perdonarnos, entonces yo también puedo aprender a dejar ir mi rencor —dijo, su voz cargada de emoción.

Phoebe se unió a ellas, colocando una mano reconfortante en el hombro de Eilidh.

—Hemos roto la maldición con amor y unidad. Permite que ese mismo amor sane tu alma y traiga paz a tu espíritu —dijo Phoebe con ternura.

Elspeth cerró los ojos por un momento, dejando que las palabras de éstas resonaran en su corazón. Finalmente, abrió los ojos y sonrió con una expresión de alivio y paz. Antes de desaparecer por completo, Elspeth se inclinó hacia Eilidh y la besó en la frente, un gesto de amor y bendición.

—Brujas, hermanas. Mi espíritu quiere descansar al fin. Desde este momento nombro a Eilidh como la sucesora y máxima entidad de nuestro linaje de brujas escocesas de Cairnwood.

Eilidh sintió una paz profunda llenarla, sabiendo que había logrado lo que parecía imposible: traer paz a su familia y romper la maldición que había durado siglos. Miró a su alrededor, viendo las caras esperanzadas de Lachlan, Phoebe y las demás brujas, supo que juntos podrían construir un futuro mejor. Con el nuevo día asomando en el horizonte, Eilidh y sus aliados comenzaron a reconstruir el bosque y el pueblo, unidos por un propósito común y un amor que trascendía el tiempo y el espacio. La historia de su triunfo resonaría en las generaciones futuras, recordándoles siempre el poder del amor, el perdón y la unidad.

Eilidh, sintiendo un rayo de orgullo, extendió su mano hacia Elspeth. Esta vez, Elspeth la tomó, y juntas se dirigieron hacia Lachlan.

—Ayúdanos a salvarlo —dijo Eilidh, su voz llena de súplica.

Elspeth asintió, y con un gesto, convocó su poder. Las otras brujas, viendo la decisión de su líder, se unieron en un círculo alrededor de Lachlan, canalizando su magia para curarlo. Sus manos extendidas y sus voces unidas en un antiguo canto de sanación. La atmósfera cambió, llenándose de una energía ambarina, vibrante y purificadora. Phoebe continuó trabajando frenéticamente, añadiendo ingredientes a un brebaje especial que hervía en un pequeño caldero a su lado.

Mientras el canto resonaba en el aire, los espíritus buenos del bosque comenzaron a aparecer. Su luz suave y cálida iluminaba el área, y uno por uno se acercaron a Lachlan, susurrando palabras de consuelo y sanación. El más antiguo de los espíritus, un anciano sabio con ojos brillantes y llenos de conocimiento, se inclinó sobre Lachlan, tocando su frente con su mano etérea.

—Tu amor y tu valentía han sido notados, joven guerrero. Estamos aquí para ayudarte a sanar —dijo el espíritu con voz serena.

Eilidh, con lágrimas en los ojos, observaba mientras los espíritus trabajaban en armonía con las brujas. Phoebe terminó de preparar el potente brebaje y se lo entregó.

—Haz que beba esto. Es una mezcla de hierbas sagradas y el poder de nuestra magia combinada —dijo Phoebe, su voz firme y esperanzada.

Eilidh asintió, sosteniendo la cabeza de Lachlan con cuidado y acercando el cuenco a sus labios.

—Bebe, mi amor. Esto te ayudará —susurró.

Lachlan, con los ojos entreabiertos y respirando con dificultad, tomó un sorbo del brebaje. Al hacerlo, una cálida sensación recorrió su cuerpo, aliviando el dolor y acelerando la curación de su herida. Los espíritus y las brujas aumentaron sus esfuerzos, intensificando la luz y la energía alrededor de él.

Elspeth observaba en silencio, su corazón dividido entre el odio que había sentido durante tanto tiempo y la nueva esperanza que aquella joven tan valiente había traído a su vida. La luz de los espíritus tocó también su alma, suavizando los bordes duros de su rencor. Y, se dio cuenta de que Eilidh engendraba el fruto de su amor en su vientre. ¿Había mayor prueba que aquella?

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, la herida de Lachlan comenzó a cerrarse, el sangrado se detuvo y su respiración se volvió más regular. Los espíritus se desvanecieron lentamente, dejando una sensación de paz en el aire. Las brujas bajaron las manos, exhaustas pero satisfechas con el resultado.

Eilidh sostuvo a Lachlan entre sus brazos, sus ojos llenos de lágrimas de gratitud.

—Qué alegría que estés bien... ya ha pasado todo.

Se dieron un beso.

—Gracias, a todas. No sé cómo podré pagarles esto —dijo Eilidh, su voz quebrada por la emoción.

Las brujas asintieron conformes. Elspeth sonrió mientras se desvanecía, sus últimas palabras llenas de ternura y sabiduría.

—Eilidh, estoy orgullosa de ti. Has demostrado que el verdadero poder no reside en la venganza, sino en el amor y el perdón. Ahora, puedo descansar en paz sabiendo que nuestro linaje está en buenas manos.

—Así lo haré.

—Y cuida bien del hijo que estás engendrando en tu vientre.

—¡¿Qué?! -exclamó con incredulidad.

La muchacha sintió una oleada de sorpresa y alegría al escuchar las palabras de Elspeth. Se llevó una mano al vientre, sus ojos llenos de lágrimas de felicidad. Miró a Lachlan, quien se acercó rápidamente a su lado, su rostro lleno de asombro y dicha.

—¿Es verdad? —preguntó Lachlan, susurrando con emoción.

Eilidh asintió, con lágrimas de felicidad deslizándose por sus mejillas.

—No lo sabía... estoy sorprendida. Pero sí, Lachlan, parece que vamos a tener un hijo —respondió su voz temblando de alegría.

El guerrero la abrazó con fuerza, sus corazones latiendo al unísono con la promesa de una nueva vida y un futuro lleno de esperanza. Entonces, Lachlan se apartó un poco y, mirando a Eilidh a los ojos, tomó sus manos.

—Eilidh, ahora más que nunca, quiero que seamos una familia. ¿Querías pasar el resto de tu vida conmigo, criar a nuestro hijo juntos? —preguntó Lachlan, su voz llena de sinceridad y emoción.

—¿Quieres decir que...?

—¡Que nos casemos!

Conmovida hasta el alma, sintió que su corazón se llenaba de un amor profundo y eterno. Sus ojos brillaron con lágrimas de felicidad mientras respondía.

—Sí, Lachlan. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. Quiero que seamos marido y mujer. Acepto ser tu esposa —respondió.

Lachlan la besó con ternura, sellando su promesa de amor eterno. Phoebe, observando la escena con una sonrisa, se acercó a ellos y los bendijo.

—Este es el comienzo de una nueva era para Dunmore y para todos nosotros. Que vuestro amor sea la luz que guíe a las futuras generaciones —dijo con solemnidad.

Con el nuevo día, Eilidh, Lachlan y las demás brujas comenzaron a reconstruir el bosque y el pueblo, unidos por un propósito común y un amor que trascendía el tiempo y el espacio. La historia de su triunfo resonaría en las generaciones futuras, recordándoles siempre el poder del amor, el perdón y la unidad. Y ahora, con la promesa de una nueva vida creciendo dentro de Eilidh, el futuro parecía más brillante y lleno de esperanza que nunca.

Capítulo 7

En los días siguientes, el pueblo se reunió para celebrar la restauración de su hogar. Las cosechas, una vez marchitas por la maldición, comenzaron a florecer de nuevo bajo el sol primaveral. La tierra, que había sido estéril y dura, parecía rejuvenecida, como si la misma naturaleza respondiera al alivio de la carga que había sido levantada de sus hombros.

Eilidh se encontraba radiante el día de su boda con Lachlan, rodeada de sus seres queridos y el paisaje del bosque que tanto amaba. Mientras caminaba hacia el altar, vio a las brujas de Cairnwood reunidas en un círculo al borde del claro donde se celebraría la ceremonia. Con vestimentas que mezclaban lo antiguo y lo contemporáneo, las brujas se inclinaron en reverencia cuando Eilidh pasó junto a ellas, sus miradas llenas de respeto y cariño.

Ella se detuvo momentáneamente, sorprendida por este gesto de honor. Phoebe, con su presencia serena y sabia, asintió con una sonrisa tranquila desde el grupo.

—Tu madre estaría orgullosa de ti—dijo en voz baja pero firme, sus palabras llevando consigo el peso de generaciones de sabiduría y legado.

La joven se sintió emocionada y agradecida. Una mezcla de nostalgia y gratitud llenó su corazón mientras continuaba hacia el altar, donde Lachlan la esperaba con una expresión llena de amor y admiración.

Eilidh y Lachlan se casaron en una ceremonia íntima en el corazón del pueblo. Después de enfrentar desafíos juntos, tanto físicos como espirituales, decidieron unir sus vidas en un momento de celebración y compromiso mutuo.

La pequeña capilla de piedra, cubierta de enredaderas y flores silvestres, resonaba con la calidez de las voces de sus amigos cercanos y familiares. Eilidh lucía radiante en su vestido de encaje blanco, mientras que Lachlan, vestía con un tradicional *kilt* en tonos rojos, con una sonrisa llena de amor y orgullo, la esperaba en el altar.

Orlagh ofició la ceremonia. Habló de amor, de unidad y de la fuerza que surge cuando dos almas se comprometen a caminar juntas por el resto de sus vidas. La pareja intercambió votos que habían escrito con el corazón, prometiéndose amor, apoyo y respeto mutuo en cada paso del camino.

Después de la ceremonia, los invitados se reunieron para celebrar en un banquete al aire libre, bajo la sombra de antiguos árboles. Había música y risas, y en el aire flotaba un sentido de alegría y esperanza por el futuro.

Eilidh y Lachlan bailaron juntos bajo las estrellas, sus corazones llenos de gratitud por todo lo que habían superado y todo lo que aún tenían por delante. Con cada paso de baile, renovaron su compromiso el uno con el otro y con la vida que habían elegido construir juntos.

En esa ceremonia íntima, marcada por la magia del amor y la fortaleza de su unión, ambos sellaron su destino como compañeros de por vida, unidos no solo por el lazo del matrimonio, sino también por el profundo vínculo de sus almas.

Después de todo, cuando los festejos estaban en su apogeo y la luz del atardecer teñía el cielo de tonos dorados, Eilidh se acercó a Phoebe entre la multitud. Phoebe, con la misma serenidad y sabiduría que siempre la caracterizaba, hizo una reverencia hacia ella.

—Has crecido y te has convertido en una líder valiente y compasiva, Eilidh. Estoy honrada de haber sido testigo de tu viaje y de lo que has logrado —dijo Phoebe con voz suave pero llena de significado.

Eilidh devolvió la reverencia con respeto y gratitud.

—Gracias, Phoebe. Sin tu guía y la de las demás, no habría llegado hasta aquí —

respondió Eilidh sinceramente.

Juntas, en ese momento de unión y celebración, reconocieron el camino que habían recorrido juntas, desde los tiempos oscuros y las maldiciones hasta este día de luz y renovación. Con el apoyo de Phoebe Eilidh se sentía lista para enfrentar cualquier cosa que el futuro le trajera, sabiendo que siempre tendría a su lado el amor y el respaldo de su comunidad.

Después de compartir esa conversación con Phoebe y las brujas, se acercó al que ahora era su marido, quien la esperaba con una copa de vino en la mano, observando el paisaje al atardecer.

—Lachlan, ha sido uno de los mejores días de mi vida.

—El mío también y vendrán muchos más—acarició su vientre con afecto.

—¿Sabes qué? Antes de la ceremonia las demás brujas vinieron a verme, me hicieron una reverencia, como si realmente me consideraran su líder —dijo Eilidh, con una mezcla de asombro y emoción en su voz.

Lachlan sonrió y tomó su mano, mirándola con ternura.

—No me sorprende en absoluto, mi amor. Eres la luz que ha traído paz y esperanza a este lugar—respondió, sus ojos reflejando orgullo y admiración.

Eilidh bajó la mirada por un momento, sintiéndose abrumada por las palabras de Lachlan.

—Pero no habría llegado hasta aquí sin el apoyo de todos vosotros, especialmente de ti, Lachlan. Tu amor y tu paciencia han sido mi roca en estos tiempos turbulentos —confesó, apretando su mano con gratitud.

El guerrero la atrajo hacia sí, envolviéndola en un abrazo cálido.

—Siempre estaré aquí para ti, mi amor. Juntos, enfrentaremos cualquier guerra que el destino nos depare. Hoy celebramos no solo nuestra unión, sino también el futuro que construiremos juntos con nuestro hijo—dijo seguro de sí mismo.

Eilidh asintió, sintiendo una profunda conexión con Lachlan y un sentido renovado de propósito.

—Sí, juntos enfrentaremos el futuro con valentía y amor. Estoy lista para todo lo que venga, siempre que estemos juntos.

Se quedaron allí, abrazados bajo el cielo crepuscular, sabiendo que habían encontrado en el otro no solo un compañero de vida, sino también un apoyo inquebrantable en su camino hacia adelante.

Entonces, algunas las brujas de Cairnwood, inspiradas por la transformación y la bondad que Eilidh había traído a sus vidas, decidieron seguir su liderazgo. Juntas, formaron una nueva organización dedicada a proteger a los habitantes del bosque y a utilizar sus habilidades mágicas para el bienestar de la comunidad. Bajo su liderazgo compasivo y sabio, todas ellas se convirtieron en un faro de esperanza y ayuda para quienes vivían en los alrededores. Utilizando sus habilidades mágicas para sanar, proteger y aconsejar, se ganaron el respeto y la gratitud de todos aquellos que conocían su labor.

Eilidh, ahora reconocida como la nueva líder de las brujas de Cairnwood, guiaba a su gente con sabiduría y compasión, recordándoles siempre el poder de la bondad y el valor de usar sus dones para el bien común. Juntas, trabajaban incansablemente para asegurar un futuro brillante y pacífico para el bosque y sus habitantes.

Espero que hayas disfrutado cada página tanto como yo disfruté escribiéndola.

Si te ha gustado este libro, por favor, deja una reseña para apoyar al autor. Tu opinión no solo

ayuda a dar visibilidad al libro, sino que también inspira y motiva a continuar creando nuevas aventuras.

Además, si te fascinó la mezcla de escoceses, magia, romance y aventura de esta historia, estoy seguro de que te encantarán otros libros como:

- Serie En los Brazos del Highlander (Cautivada 1, Prisionera 2 y Dominada 3)
- La Odisea del Highlander
- Una Navidad en Edimburgo.
- Serena: Sirenas de Vermeil 1 (Historias de las Reinas del Mar y Highlanders)

Un saludo, *Iris Vermeil*.